

## EL CAMINO DE LA VIDA

Mi niñez fue pobre en hazañas, recuerdos hechos de retazos esparcidos de ausencias, de olvidos, de dudas, de hipótesis y de anécdotas raquíticas. Pequeños trozos de lo cotidiano, de vivencias secuenciales construidas de sueños. Experiencias que quedan borradas de la memoria, porque no tenían la suficiente enjundia para ser recordadas, como esas vidas de las que no queda registro porque nadie se ocupó de rescatarlas de la oscuridad del olvido.

Las familias son tan distintas entre sí, como distintos somos cada uno de nosotros. Composiciones musicales con distintas melodías, viviendo en una rapsodia en la que fluyen las notas musicales libremente, pero que forman parte de una misma pieza.

Mi familia, ese pedazo de mí que vive fuera de mi cuerpo y del que recogí las semillas de lo que soy ahora. Mis padres, personas llenas de amor, de dudas, de desesperanza en momentos, de ojos tristes por la impotencia de haber nacido en un tiempo en el que la vida estaba demasiado cuesta arriba.

La adolescencia, la búsqueda de mi lugar en el mundo, la mayoría del tiempo sin mucho éxito.

La adultez, el comienzo de la serenidad de quién la experiencia le ha dado tantas de cal como de arena. La pérdida de las personas que me enseñaron a caminar, de las personas que acompañaron parte de mi vida, las bifurcaciones de caminos, las decisiones, las distancias, los reencuentros.

La vida y sus vericuetos. Es momento de hacer balance, y en una recta del camino me paro y observo a mi alrededor.

Fuera hay un mundo hostil, a veces me da pavor mirarlo, veo guerras, veo consumismo desmedido, veo gobiernos desnortados y alienantes, veo tragedias medioambientales, veo intolerancia, odio, desigualdad, hipocresía y, sobre todo, veo miedo.

Nadie es inmune al miedo, todos en algún momento de nuestra vida lo hemos sentido, miedo a la pérdida, miedo a que nos juzguen, miedo al rechazo, o simplemente, miedo al miedo. Y me hago consciente de mi vulnerabilidad, porque quiero cambiar cosas que no están a mi alcance,

quiero buscar la fórmula del equilibrio, abolir injusticias, desinstalar viejos paradigmas, instaurar utopías y me frustró ante la imposibilidad.

Entonces cambio la mirada, ahora miro en mi interior y comienzo un nuevo camino, una nueva búsqueda, la del autoconocimiento, porque creo que primero necesito entender lo que hay dentro, para buscar luz afuera.

Parece algo sencillo eso de conocerse a uno mismo, que está al alcance de todos, y que además es "gratis". Pero en realidad no es así, ni es tan fácil, ni mucho menos tan gratis. Hay que pagar un precio muy alto para ello, hay que conducir por caminos muy estrechos, muchas veces al borde del precipicio, otras veces cuesta arriba y que cuando miras hacia abajo, sientes un vértigo indescriptible.

Hay que saber descubrir el Yo narcisista y a veces caótico que todos llevamos dentro, escondido detrás de máscaras que ya ni uno mismo es capaz de reconocer, influenciados siempre por el tiempo y el entorno que nos rodea.

Vale, ya he comenzado a reconocer mis luces y mis sombras, y gracias a eso también empiezo a ser consciente de que el mundo igual que yo, se mueve en una gran dicotomía. Son mecanismos de supervivencia que perduran a lo largo de la existencia de la vida.

Y con esa dicotomía comenzó el principio de una de las mayores aberraciones de la historia que relegó la figura de la mujer a ser solo un vientre y un desahogo. Esa relación vertical que generó el hombre seguramente por miedo, como mecanismo de defensa ante lo que suponían un peligro, nos ha llevado al sometimiento a lo largo de los siglos.

Afortunadamente las mentes se han abierto, aunque aún quedan lugares en los que está todo por hacer. Cuesta librarse del yugo patriarcal que dejó su semilla muy enraizada, y que gracias a muchas mujeres luchadoras se han ido podando. Mi humilde reconocimiento para todas ellas, desde las que ahora perduran en nuestra memoria gracias a libros biográficos, como para las que fueron invisibles, para las que no queda huella ni constancia de su existencia, pero que su lucha fue igual de valiosa que las demás.

Ahora puedo reanudar mi marcha.

Necesitaba ese alto en el camino, para recalcular la ruta y reafirmar mi eje en este mundo, para sentir que por pequeña que sea, formo parte de un todo, con lo bueno y lo malo de la vida. De un mundo que casi nunca entiendo, pero al que pertenezco como parte de esos ocho mil millones de personas que conformamos el conjunto de hombres y mujeres que habitamos la tierra en una perfecta simbiosis. ¿O tal vez es solo una utopía?